

Domingo XXVII Tiempo Ordinario

“Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”

4 Octubre 2009 P. Carlos Padilla Esteban

***“ Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer,
y se hacen una sola carne”***

“Empieza por hacer lo necesario, luego lo posible y, de pronto, te encontrarás haciendo lo imposible”. He querido comenzar las reflexiones de este domingo con una frase de **S. Francisco de Asís a quien hoy celebramos y que refleja lo que fue su vida.** Y es que el pobre de Asís fue un loco enamorado de Dios, que empezó a obedecer haciendo lo necesario, se vio pronto haciendo lo posible y siempre soñó lo imposible. Empezó reconstruyendo una pequeña iglesia y acabó siendo instrumento de algo que parecía imposible, reformar la Iglesia de su época. Sólo paso a paso pudo escalar las cimas del amor más grande, el amor de Cristo, que se grabó en su carne. El tema de hoy nos lleva a reflexionar sobre la vida matrimonial, sobre la familia, sobre el amor verdadero y el amor eterno, por eso las palabras de Francisco me parecen acertadas. Mirar la vocación del matrimonio nos parece impensable si no miramos a Aquel que logra hacer realidad nuestros sueños, si no avanzamos paso a paso obedeciendo a Dios. **Nos confrontamos con nuestra pequeñez y, en la búsqueda de la verdad del corazón, que es lo que nos mueve, no nos detenemos y seguimos subiendo.**

En ocasiones me encuentro con personas que no quieren avanzar y sólo quieren discutir sobre un tema para imponer su opinión, para manifestar su superioridad o sabiduría, para quedar por encima. En su alma no desean aprender ni dejarse complementar por lo que lo otros piensan. A veces muchos diálogos quedan bloqueados cuando no existe una búsqueda auténtica de la verdad. Y, con frecuencia, nosotros mismos hablamos y hablamos sin ser capaces de escuchar opiniones diferentes. En el Evangelio de hoy los fariseos sólo buscan el mal de Jesús: *“Se acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le preguntaban: “¿Le es lícito a un hombre divorciarse de su mujer?””* No les interesaba la verdad, no querían profundizar en el tema que le plantean al Señor, sólo querían ponerlo a prueba, para destruir su fama y lograr así acabar con él. El tema que presentaban no era un tema precisamente fácil. **Es un tema que hoy tiene la misma actualidad y nos lleva en este domingo a meditar sobre el matrimonio y la familia.**

Y es que, al meditar sobre todo esto, nos damos cuenta de las cifras que reflejan una parte de la realidad de la vida matrimonial en España: de acuerdo con un informe del Instituto de Política Familiar, hay un divorcio cada 3,7 minutos; en el primer trimestre de 2007, se divorciaron 37.500 parejas y 451 matrimonios rotos al día; de cada cuatro matrimonios que se celebran, se separan tres; España está a la cabeza de la Unión Europea en materia de divorcios. Desde su entrada en vigor, la ley del *“divorcio exprés”* ha traído como consecuencia un explosivo incremento de las rupturas definitivas de las parejas españolas. La duración media de los matrimonios

disueltos en el año 2006 fue de 15,1 años, aunque la mayor parte de las separaciones se produjeron tras 20 años de vida matrimonial. El INE destaca el aumento de los matrimonios disueltos antes de un año, que es tres veces superior al número registrado en el año 2005, como resultado de la ley de “*divorcio exprés*”.

A la vista de estos datos el corazón se sobrecoge y meditamos entonces sobre la fragilidad de la vocación matrimonial. Las palabras que dijo Carolina Cerezuola, novia de Carlos Moyá, sobre su futuro, dan que pensar: “*No necesito casarme para demostrarle a nadie que soy feliz*”. Pero, **¿quién se casa para demostrar a otros que es feliz?** Normalmente las personas se casan para ser felices, no para demostrar nada a nadie. Pero hoy muchos ya no creen en el matrimonio. Son muchas las personas que comienzan su camino en común sin volver la vista a Dios y entonces, pensar en un matrimonio para toda la vida, se antoja poco realista. Es como si las palabras que pronunció Nietzsche **tuvieran un peso nuevo:** “*Permaneced fieles a la tierra y no creáis en los que os hablan de experiencias extraterrenas*”. **Porque sin Dios todo esto parece una locura y surge el deseo de que las palabras del salmo se hagan realidad en cada matrimonio:** “*Que el Señor nos bendiga todos los días de nuestra vida. Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu casa. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!*” Sal 127, 1-2. 3. 4-5 .6.

Cada vez que bendigo un matrimonio pienso en la fragilidad de nuestro amor, en lo débil que es nuestro pequeño sí y nuestro anhelo de fidelidad. Y entonces miro a lo alto, a Aquel que puede hacer posible lo imposible. Porque soñamos con lo más grande y nos damos cuenta de la pequeñez de nuestra entrega. Si realmente somos lo que soñamos, llegaremos a ser lo que Dios sueña para nosotros. Muchos novios llegan al altar con el corazón lleno de sueños e ilusiones. Tienen la certeza de haber escogido el camino que Dios quería para ellos. Se saben, no obstante, pequeños y están abiertos a la gracia del sacramento que reciben. Sin embargo, con el paso de los años, las dificultades surgen en el camino y en ocasiones los sueños se rompen y no llegan a hacerse realidad. En esos casos, cuando los sueños se han roto, puede surgir el desánimo y la desesperanza. Por eso, cuando me toca acompañar a mujeres separadas en un grupo llamado **Betania**, me alegra ser testigo de ese deseo tan grande que hay en sus corazones de volver a empezar, de volver a creer en el plan de plenitud que Dios tiene pensado para sus vidas. Al escuchar la vida que hay en sus corazones le doy gracias a Dios por poder acompañar los nuevos sueños que toman forma en sus vidas. **Porque es necesario volver a creer y volver a esperar siempre de nuevo.** Porque no podemos cansarnos de soñar otra vez con lo imposible.

Sin embargo, en el Evangelio de hoy, los fariseos no quieren profundizar en el dolor de aquellos que han visto su matrimonio roto, no hablan tampoco de ayudarles a recomenzar de nuevo. No hablan de comprensión, ni de misericordia, ni de esperanza. Sólo quieren hacer daño a Jesús. Esperan una respuesta suya para poder atacarlo. **S. Teofilacto** dice: “*Le propusieron una cuestión, cuya solución era comprometedora en cualquier sentido, puesto que, bien dijese que era lícito a la mujer apartarse del marido, bien dijese lo contrario, podrían acusarlo de estar en contradicción con la doctrina de Moisés. Pero Cristo, que era la misma sabiduría, les contestó de modo que burló sus intenciones*”. Y así fue, Jesús les responde con otra pregunta: “*¿Qué os ha mandado Moisés?*” Ellos le dijeron: “*Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla*”.

Quieren que Jesús tome una opción entre dos puntos de vista diferentes, que estaban bastante extendidos en aquellos tiempos, **representados por dos escuelas de pensamiento distintas de Israel.**

Uno de estos puntos de vista era la enseñanza del gran rabino Hillel. Moisés había dicho en *Deuteronomio* 24, 1-2: "Cuando alguno toma una mujer y se casa con ella, si sucede que no le es agradable porque ha encontrado en ella algo reprochable, le dará por escrito un certificado de divorcio y la despedirá de su casa." Hillel interpretó que eso quería decir cualquier cosa que no le complaciese al marido. Así se podía llegar a exageraciones: Si no tenía la casa limpia, si se enfadaba y discutía o lo que fuese, en cualquier caso, se podía divorciar de ella. Ésa era la escuela fácil del divorcio de aquella época. Así aparece en Mat. 19, 3: "Unos fariseos se acercaron a Jesús, y para tenderle una trampa le preguntaron: ¿Le está permitido a uno separarse de su esposa por un motivo cualquiera?"

En contraposición se hallaba la escuela de Shammai, otro gran rabino hebreo, que enseñaba que el divorcio debía limitarse estrictamente, y que sólo bajo ciertas condiciones rígidamente definidas se podía conceder el divorcio. De esta manera algunos rabinos interpretaban "algo reprochable" como adulterio; véase Lev. 20, 10: "Si alguien comete adulterio con la mujer de su prójimo, se condenará a muerte tanto al adúltero como a la adúltera". Por lo que la nación estaba dividida entre estas dos escuelas de pensamiento. Y es entonces que los fariseos quieren que Jesús opte por una de esas dos posturas. No se cuestionan la opción de rechazar el divorcio en cualquier caso. Parten de la base de su necesidad. Por eso, no les importa tanto la respuesta. **Saben que cualquiera de las dos posturas supondría un motivo para acusarle y difamarlo por un motivo o por otro.**

Pero Jesús no entra en el juego y va más allá: "Les dijo: "Teniendo en cuenta la dureza de vuestros corazón escribió para vosotros este precepto. Pero desde el comienzo de la creación, Él los hizo hombre y mujer. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y los dos serán una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre". **Jesús vuelve al sentido primero, a lo que Dios creó antes de la ley de Moisés y rechaza siempre el divorcio:** "Dijo luego Dios: "No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle alguien como él que le ayude". Y Dios modeló de arcilla todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre les diera. El hombre puso nombres a todos los animales, a las aves del cielo y a las bestias del campo, pero para el hombre no encontró una ayuda adecuada. Entonces Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, y se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: "Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Su nombre será mujer, porque ha salido del hombre. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre y serán los dos una sola carne". Génesis. 2, 18-24. **Dios, al crear al hombre y a la mujer, quiso que llegaran a ser una sola carne.**

S. Beda el Venerable dice respecto al argumento del Señor: "Pero en la ley de Dios no hay ninguna causa prescrita que autorice a tener otra mujer después de abandonada la legítima." **Y Mateo añade el pensamiento de Jesús que se contrapone a la ley de Moisés:** "También se dijo: 'Cualquiera que se separe de su esposa deberá darle un certificado de separación. Pero yo os digo que todo aquel que se separa de su esposa, a no ser en caso de inmoralidad sexual, la pone en peligro de cometer adulterio. Y el que se casa con una mujer separada también comete adulterio". Mt 5, 31-32. Y Lucas dice: "Si un hombre se separa de su

esposa y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con una mujer separada, también comete adulterio". Lucas 16, 18. Y el Evangelio de hoy continúa: "Y ya en casa, los discípulos le volvían a preguntar sobre esto. El les dijo: "Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra aquella; y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio". **Jesús es claro y tajante: no cabe el divorcio.** Dios soñó al hombre y la mujer unidos en una sola carne para siempre. Este sueño se le antoja casi imposible a los discípulos, que veían lo difícil que era la fidelidad y el amor conyugal. **Ante lo elevado del ideal que se les planteaba, dudan y desconfían de la fuerza del hombre.**

El Señor propone un alto ideal. Se remonta al origen del hombre, busca el pensamiento primero de Dios y concluye: "La excepción al deseo de Dios surge por la dureza del corazón". Dice **S. Agustín al respecto:** "En efecto, aquella dureza era tan grande que ni por el obstáculo del escrito, que ofrecía ocasión a hombres justos y prudentes de disuadir al sujeto, podía ser vencida ni doblegada para volver al amor y unión conyugales". Y al mirar la realidad del matrimonio hoy vemos, escuchando estas palabras, que la dureza del corazón corta de raíz tantos sueños. Porque muchos matrimonios se celebran, se bendicen, en la esperanza de un corazón que no se endurezca. Los novios llegan al altar con un corazón abierto, dispuesto al cambio, receptivo y generoso. Admiran lo bueno de su pareja y no le dan tanta importancia a sus defectos. Sin embargo, en ocasiones, el tiempo acaba por endurecer toda su entrega. **Y es que el divorcio y las separaciones tienen lugar cuando el corazón de los dos, o de uno de los dos, se ha endurecido con los años.**

Es por eso que la continuación del Evangelio tiene relación con la anterior sólo en la perspectiva de saber cómo tiene que ser nuestro corazón: "Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Más Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no acepte el Reino de Dios como un niño, no entrará en él". Y abrazaba a los niños, y los bendecía imponiéndoles las manos". Marcos. 10, 2-13. Y Mateo aclara el sentido de acercarle los niños: "Llevaron unos niños a Jesús, para que pusiera sobre ellos las manos y orara por ellos". Mt 19, 13. **El P. Kentenich explica cómo vivir la verdadera infancia espiritual:** "Frente a Dios no debemos ser nunca niños adultos. Sí queremos ser hombres adultos hacia afuera, en nuestro trato con los demás hombres. Pero cuanto más sea yo interiormente pequeño y niño ante Dios, tanto mayor la fuerza con la que, como hombre o mujer, estaré plantado y afirmado en la vida exterior"¹.

Frente a la dureza del corazón, el Señor nos presente un corazón abierto y blando de un niño. Nos invita a ser como niños para entrar en el Reino de Dios, para confiar siempre de nuevo en el amor eterno que nunca pasa. Decía **el P. Kentenich:** "Un niño es transparente y veraz, sencillo y libre, simple, sin doblez y fiel, instintivamente puro, bondadoso y fuerte, receptivo y abierto para todo lo noble, bueno y hermoso. Él es el predilecto de Dios y de todas las personas nobles. Por eso, déjame ser siempre un niño". Y **Sta. Teresita del Niño Jesús, con quien comenzamos este mes de octubre, nos habla de su corazón pobre y pequeño:** "Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el ama de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes obras, sino sólo abandono y gratitud. (...) No tiene necesidad de nuestras obras, sino sólo de nuestro amor". Esta santa habla con claridad del camino de la infancia espiritual a la que se

¹ J. KENTENICH, *Lunes por la tarde*, T. 21, 48

refiere Jesús: “Lo que le agrada es verme amar mi pequeñez y mi pobreza, es la esperanza ciega que tengo en su misericordia. He ahí mi único tesoro”.

Y es que el amor al que aspiramos es muy grande: “De manera que ya no son dos, sino una sola carne”. **Y sólo un corazón pequeño como el de un niño está preparado para llegar a él.** Ser una sola carne es el ideal que presenta el matrimonio como camino de vida. Una sola carne cuando le tenemos tanto apego a la propia carne, al propio deseo, al propio camino. Nos importa mucho más nuestro deseo, nuestros miedos, nuestro dolor que el ajeno. El **P. Kentenich decía:** “Aprendamos en primer lugar a hacernos felices el uno al otro, lo que en la práctica significa ir más allá del “yo” hacia el “tú”. El amor crece cuando se pone más en primer plano al tú, a la entrega al tú, y no al yo”².

Con frecuencia el amor se queda atrofiado en la búsqueda del propio yo, en los propios deseos y gustos, en la propia dureza del corazón que no quiere dar la vida. El amor se enfría y los sueños mueren cuando se deja de buscar el bien del otro. No es fácil enfrentar las dificultades de la vida conyugal y siempre de nuevo se hace necesario renovar el amor que Dios ha puesto en el corazón. Pero ese amor, que en momentos parece invencible y capaz de todo, se enfrenta a menudo con dificultades y crisis. **En esos momentos tenemos que volver la mirada a Dios y renovar esas promesas que un día sellamos cargados de esperanza e ilusión.**

Meditar sobre el amor conyugal, desde nuestra condición de hijos pequeños, nos da esperanza al escuchar las palabras de la carta a los hebreos: “Al que Dios había hecho poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Así, por la gracia de Dios, ha padecido la muerte para bien de todos. Convenía, en verdad, que Aquél, para quien y por quien existe todo, llevara una multitud de hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación. Pues tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos”. Hebreos. 2, 9-11. Tenemos el mismo origen y el mismo lugar de destino de Aquel a quien seguimos. **En su cruz está el camino de la vida y somos hermanos del que nos ha precedido en el camino.**

Cuando me toca bendecir un matrimonio siempre les pido que abran sus casas y sus corazones a **la presencia de María.** Si María está presente entre ellos, si toma posesión de sus hogares, Ella puede hacer carne en sus corazones un amor más grande, el amor de Cristo. El Padre Kentenich decía: “Llevad con vosotros el cuadro de María y dadle un sitio de honor en vuestros hogares. De esta manera se convertirán en pequeños santuarios, donde María se manifestará derramando sus gracias, creando un santo terruño familiar y santificando a los miembros de la familia”³. Ella aprendió a amar en el corazón de su Hijo. **Ella, que vivió llena de gracia y conducida por la mano de su Padre, nos entrega el amor hecho carne para que nuestro amor de carne se haga semejante al divino.** Cuando María se establece en el medio de una familia, muchas cosas que nos parecen imposibles, se hacen posibles. **La pobre de Nazaret nos regala su pobreza y nos hace dóciles a la conducción de Dios.** Pongamos en manos de Dios hoy todos los matrimonios que conocemos, los que están pasando por dificultades y también a aquellos que no han logrado salir adelante. **Pidamos por las familias que, en un tiempo difícil, necesitan volver la mirada a María y al Señor para encontrar paz en el camino.**

² J. KENTENICH, *Lunes por la tarde*, T. 20, 116

³ J. KENTENICH, *CARTA DE SANTA MARÍA*, 15 ABRIL 1948